LA MUJER ADÚLTERA

LEYENDA BÍBLICA,

ORIGINAL DE

DON PUBLIO HURTADO

MADRID
Imprenta Militar de José M.ª de Cevallos; Sagunto, 13
1883

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA
TS-.121
Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

82.34
HUR
muj

17583
I-4553

LA MUJER ADÚLTERA

TS-1121

LEYENDA BÍBLICA,

ORIGINAL DE

DON PUBLIO HURTADO

Universidad de Extremadura
BIBLIOTECA
CÁCERES

MADRID
Imprenta Militar de José M.ª de Cevallos; Sagunto, 13
1883

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Es propiedad del autor.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

AL EXCMO. SR.

DON VICENTE BARRANTES,

ACADÉMICO DE LA HISTORIA Y DE LA LENGUA,

CONSEJERO DE INSTRUCCION PÚBLICA, Y EX-DIPUTADO Á CORTES

EN TESTIMONIO DE AFECTUOSA AMISTAD,

EL AUTOR.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

PRÓLOGO.

Desautorizada parece la persona á quien va dedicado un libro para formar acerca de él la opinion de los lectores; pero en la ocasion presente, como el paisanaje, ni el afecto, ni la honra que he debido al señor Hurtado, han de ser parte á torcer en mí la rectitud del juicio, tenga el lector por seguro que estas breves páginas expresan leal y sinceramente lo que pienso de la poética leyenda que tiene en las manos. Al autor, de quien soy verdadero y antiguo amigo, le serán consejos leales para otras obras; consejos de experiencia, ya que no de saber, por desgracia mia.

El asunto está bien elegido para un ensayo poético, porque si alguno de los que

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

la sociedad moderna llama problemas de la vida puede con razon llamárselo, es sin disputa el que Jesucristo mismo quiso hacer un misterio, al resolverlo en forma tan misteriosa. Parece efectivamente que niega derecho á la sociedad para pronunciar un fallo condenatorio, quien dice secamente á Escribas y Fariseos, mientras escribe con el dedo en la arena:—«El »que esté limpio de pecado, arroje la pri»mera piedra á la mujer adúltera.» Los comentadores de este admirable Evangelio de San Juan, capítulo VIII, desde nuestro Maldonado al abate Misley, no hacen sobre esto doctrina ni aclaracion alguna; pero el buen sentido la enseña. No podía ir contra la ley mosáica, que autorizaba la lapidacion de la adúltera, quien venía, como Jesús, á cumplir y hacer cumplir la ley; pero siendo la suya de amor y caridad, daba lugar al arrepentimiento, y él lo veia rebosar del corazon de la pecadora; por eso le dice todo misericordioso:—«Yo tampoco te »condeno. Vete, y no vuelvas á pecar. »*Vade et jam amplius noli peccare.*»

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

No se ha atrevido, y ha hecho bien, el señor Hurtado, á complicar la trama con accidentes de su invencion, á fin de que la leyenda resultase de todo en todo bíblica, es decir, sencilla, patriarcal. En presencia de un esclavo etiope, el marido de Séfora, mercader judío, prepara un viaje á Tiro para traer á su tienda nuevas mercancías que más y más le enriquezcan. Hay una estrofa muy bella en este primer capítulo:

Espero que mañana
hollando me sorprenda el nuevo dia,
al par que mi ligera
y dócil caravana,
de la opulenta Tiro el ancha vía.

Nosotros, sin embargo, hubiéramos preferido que dijese este último verso

De Tiro la opulenta el ancha vía,

para evitar el *ta-ti* desagradable y antipoético que hace *opulenta—Tiro*, defecto facilísimo de evitar en esta ocasion.

Un si es no es misterioso, reconviene Bóoz á su señor, por aquel afan de lucro,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

tanto más censurable en un anciano, cuanto que tiene en su casa todo lo que contribuye á la felicidad en la tierra; una esposa bella y amante, hijos cariñosos y riquezas en abundancia. El secreto, que sin duda guarda el esclavo, no está iniciado tan claramente que excite el interés dramático. Más lejos parece ir aún la suspicacia del viejo que las indicaciones del mozo, por donde resulta injustificado el arranque final del capítulo:

pues debiendo hablar poco hablaste mucho.

La despedida está mejor hecha y versificada. El sabor oriental de aquel romance indica al autor el metro que prefiere su musa. Hay un rasgo en la página 8, que á muchos parecerá intempestivo, y á nosotros nos parece una inspiracion psicológica. Al mercader, que segun toda apariencia no tiene presentimiento alguno de la flaqueza de su esposa, le ocurre, por andar en aquellos dias el espíritu público, segun decimos ahora á las opiniones generales, preocupado con la doctrina de Jesús, que

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

fortalece á los débiles, le ocurre decir en su amorosa despedida:

> Más si por ventura un dia
> la carne, que siempre es flaca,
> con sugestiones aleves
> tu virtud atribulara,
> acude del Nazareno
> á oir la excelsa palabra,
> dique que enfrena las olas
> de las pasiones humanas.

En las ternezas de Séfora no se descubre la más ligera nube, el menor tinte de malicia ó siquiera de sobresalto, y á la verdad hubiera sido conveniente para estímulo del lector y justificacion de los sucesos. El elemento humano es el primero de todos los que entran en la composicion literaria, y no hay mujer en semejante situacion que no deje traslucir el estado de su alma, ansiosa ó medrosa, ó en ambos estados á la par. De aquí la desagradable sorpresa que producen los capítulos III y IV. No esperamos ver á Séfora prepararse á recibir á su amante, como una meretriz.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Destrenzado el cabello sobre la espalda
ante una hermosa luna de limpio acero,
cruzadas ambas manos sobre la falda
que un pié recata apenas breve y ligero.

La escena, sin embargo, tiene mucho color y versos preciosos. Aquellos

..... cojines
en cuyo damasquino fondo, bordadas,
hay más flores que crecen en los jardines,
y más aves que pueblan las enramadas;

aquella lascivia del viento, que si

..... audaz se atreve
á destejer los pliegues de su ropaje,
se ven dos apretados copos de nieve
detrás de celosías de rico encaje;

aquellas figuras y sentencias bíblicas, en fin, tan bien engarzadas en la descripcion de la judía,

como venda de grana, sus dulces lábios...
sus diminutos dientes, *hato de obejas,*
que trasquiladas suben al lavadero;

como tambien las órdenes que dá á sus doncellas en preciosas octavas italianas;

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Colgad de mis orejas
zarcillos de diamantes,
mi alabastrino seno
ornad de joyas mil;
mis brazos torneados
de ajorcas deslumbrantes,
de múltiples sortijas
mis dedos de marfil.

todo esto, repetimos, es verdadera y sabrosa poesía. Oportunidad y belleza en los pensamientos; delicadeza y puridad en la frase; exactitud y relieve en las descripciones. El señor Hurtado es poeta y buen poeta. Nos complacemos en repetírselo aquí, anticipándonos al juicio del lector, que coincidirá con el nuestro, sin duda alguna.

Su propio instinto habrá quedado poco satisfecho del capítulo IV, donde se han reunido á las dificultades del asunto las no menores que nacen de la inconsecuencia del carácter de Séfora. Si desde el principio supiéramos ó sospecháramos siquiera su falacia, no causaria tan desagradable sorpresa aquel banquete de los adúlteros,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

en cuya descripcion se complace el autor y donde agota las reminiscencias bíblicas, para encubrir su fondo repugnante é inesperado. En la poesía hay de todo. Juntas están por cierto estas dos estrofas, una muy buena y otra muy débil:

> Ella, dejando atrás en lo ligera
> las corzas de Betel, salta del lecho,
> y al encuentro le sale placentera
> palpitante de amor el albo pecho.
> Y olvidando el cariño del esposo
> que sus postreros dias trabajaba
> sacrificando el patriarcal reposo
> por mimar la beldad con quien soñaba.

En esta desgraciada escena, cuando el autor quiere ser sencillo cae en trivial, y áun los pensamientos poéticos no suelen estar bien expresados. La ha corregido poco indudablemente, y la lima es cosa que no debe el poeta dejarla nunca de la mano. Mientras más lustrosos están los cachorros, más los lame la loba, segun la feliz metáfora virgiliana.

La voz de la conciencia se titula el ca-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

pítulo V, y con harta razon y oportunidad, que son sus hijos los que á la madrugada vienen á despertar á Séfora en brazos de Eliú. Tiene esta escena toques muy delicados, entre algunos ripios y escabrosidades. Lástima, por ejemplo, que aquella estrofa

—De manera que habrás dormido sola—
observó el niño cándido,
á cuya observacion, Séfora el rostro
ocultó entre sus manos;

no dijese en estos ó parecidos términos

¡Cuán solitaria, madre, habrás dormido!

frases ménos crudas y más poéticas. El señor Hurtado, en nuestro concepto, por ponerlas en boca de un niño, creeria que mientras más vulgar la frase, más propia y oportuna seria, y no lo negaremos ciertamente; pero sobre la propiedad y la oportunidad estaban ahora otras conveniencias. A fé que el asonante obliga al mismo niño á hablar de lauros y de otras cosas no ménos impropias.

Buen romance, aunque algo desigual,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

es tambien el de *la pesadilla*, y si el autor hubiera recordado que los judíos fueron los inventores de la estrellería, y en vez de un sueño hubieran sido los astros los que descubriesen á Abiél su deshonra, el cuadro nos parecería completo. El diálogo final lo debilita un poco, si bien tiene cuatro versos que revelan en el autor instinto dramático, y la facultad envidiable de decir mucho en pocas palabras. Tras la cerrada puerta de cedro de su alcoba

> ¿Qué oyó Abiél?... Consignarlo
> fuera repetir requiebros
> y perjurios, que debieran
> yacer siempre en el misterio.

Advirtamos de paso á nuestro amigo, que el verbo *consignar* no es propio de *leyendas* bíblicas, ni siquiera de la poesía. Quédense los galicismos y la pobreza del lenguaje para los que no tienen tantos dotes de escritor como él. Igualmente y por otras razones, en vez de *yacer*, hubiéramos preferido *quedar*.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Valientes pinceladas forman el retrato del Nazareno en *El juicio de Dios*.

¿Que si es rico de bienes terrenales?
Nunca debióle nada á la fortuna.
Burdos fueron y toscos sus pañales,
y un humilde pesebre fué su cuna.
¿Que cuál es su atractivo? Oid su acento
dulce, ideal, conmovedor, sublime,
que ilumina y levanta el pensamiento,
y el alma ciega del error redime.

Y el de Séfora tambien, cuando aparece ante Jesús, abrumada por la acusacion de adulterio.

Héla allí... ¡desdichada criatura!
hecha girones mil la vestidura
de su pudor escudo,
pasto su cuerpo dá, casi desnudo,
á la mirada impura
del populacho rudo.

Lo demás se adivina, porque es al pié de la letra la narracion evangélica; pero sencilla y elocuentemente expresada. Cuan-

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

do se han retirado Escribas y Fariseos despues de aquellas palabras

—«*El que esté de vosotros sin pecado*
sobre ella lance la primera piedra;»
y prosiguió impasible su escritura
en la leve arenilla de la exedra;

concluye así el señor Hurtado su preciosa escena, (y esta palabra nos recuerda el empleo prosáico é inoportuno que aquí mismo le dá

no quedando *en escena*
más que Jesús y Séfora, etc.)

concluye, repetimos, así:

Alzó el Mesías sus radiantes ojos,
y viéndola de hinojos
arrastrarse á sus piés, perdon clamando,
—*Mujer,* le dijo con acento blando:—
¿en dónde están los que ántes te acusaban?
¿Nadie te condenó?
—Señor, ninguno.
—*Pues véte, yo tampoco.*
¿Para qué más sentencia
que la que está grabada en tu conciencia...?

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

El más desigual de los romances cierra el libro con el título de *Dies iræ*. Las angustias y rencores de Abiél, el amor de los niños y su cándida ansiedad por ver á su madre, la aparicion de ésta

> bajo el pórtico
> como una estátua de Fídias,

entre bellísimos trozos y diálogos muy animados, tienen ripios y desigualdades lamentables, como si la musa del señor Hurtado hubiese escrito la leyenda toda en una jornada y el cansancio la abrumase. ¿Por qué no han de ser todas las páginas últimas como esta?

> ..... la cabeza abatida,
> desgreñados los cabellos
> y cubiertos de ceniza,
> ante su esposo y sus hijos
> la nublada frente inclina,
> en que de nuevo el tesoro
> de sus recuerdos palpita.
> ¿Quién sino el filial cariño,
> que lo que no vé adivina,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

pudo descubrir en ella
al Sol de la judería?
Postrada solloza y calla;
pero su esposo le grita
irguiéndose descompuesto:
—¡Ah! ¿no has muerto, fementida?
¡y vuelves! pues qué, ¿no tiene
ya ley el pueblo israelita?
—*Aquél* que es la luz del mundo
me perdonó la falsía.
—¿Que te ha perdonado dices?
—Ya lo vés.
—¡Estallo en ira!
¿Y es ese el que asi pregona
los fueros de la justicia...?
—Su misericordia...
—Basta.
¡Triunfen fariseos y escribas!
lo juzgué *la verdad única*,
y es solamente un sofista.

El lector adivinará que estas escenas finales, pertenecen al ingénio del señor Hurtado, que al adicionar la narracion evángelica, lo ha hecho con sentido muy humano y dramático. La doctrina de Jesús no podia ser admitida sin protesta y

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

despecho de la Ley de Moisés; pero cuando el judío va á formularla más enérgica y atronadora; cuando sale á la calle, porque pasa el Mesías

> á echarle en cara iracundo
> su manifiesta injusticia,

Jesucristo le echa á él en cambio una mirada tal, que le hace bajar los ojos al suelo, donde vé á Séfora muerta á impulsos del dolor y el arrepentimiento; y entónces cae á su vez exclamando:

> ¡Perdona, Señor, perdona,
> si dudé de tu justicia!

Conocia ya el público al señor don Publio Hurtado como elegante y discreto prosista, por su *Crónica del viaje á Cáceres de los Reyes de España y Portugal en* 1881; pero desde hoy le estimará como un galano poeta, de quien le promete sazonadísimos frutos este ensayo de La Mujer Adúltera, donde abundan los aciertos mucho más que los lunares. Nosotros los esperamos con absoluta confianza,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

porque nos constan su asiduidad en el estudio de los buenos modelos y su resuelta vocacion literaria, digna de encomio por todo estilo en un funcionario que consume sus mejores dias en los trabajos, más penosos, de la Audiencia de Cáceres.

VICENTE BARRANTES.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

«El adúltero aguarda la noche diciendo: Nadie me verá, y quedaré cubierto con el velo de su sombra, para que no sea conocido.

»Horada de noche las casas, á la hora en que se quedó de concierto por el dia con su desenvuelta amante, y huyen de la luz.» (PARÁFRASIS DE JOB, *capítulo* XXIV, *vers.* 15 *y* 16.)

»Más el que es adúltero por la mengua de su corazon, perderá su alma: . . . . . .

. . . . . .

»Porque el celo y la saña del marido no perdonará en el dia de la venganza.» (LIBRO DE LOS PROVERBIOS, *cap.* IV, *vers.* 32 *y* 34.)

I.

EL MERCADER.

A la luz vacilante
que una lámpara egipcia derramaba,
tras una mesa de nogal sentado,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

un anciano israelita
sus nutridos tesoros recontaba
con prolijo cuidado.
Una vez dividido
el caudal en porciones,
lo fué en hondas talegas repartiendo;
colocó la mitad en los cajones,
con triples llaves los cerró advertido,
y prorumpió diciendo:
—Esta será la suma
que invertiré en mi próximo viaje.—
—¿Tan próximo, señor?—preguntó un negro,
de mirada salvaje,
que á aquel arqueo inmóvil asistia,
aunque sumiso siempre en el lenguaje.
—Espero que mañana
hollando me sorprenda el nuevo dia,
al par que á mi ligera
y dócil caravana,
de la opulenta Tiro la ancha via.
—¡Oh! partir nuevamente,
cruzar monte tras monte,
torrente tras torrente,
cuando encontrar no pueden tus miradas
mas plácido horizonte,
riquezas mas preciadas,
que aquellas que atesoras

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

en el rincon bellísimo en que moras!...
—¿Crees qué hago mal? Explícate un instante,
y esponme con franqueza
cuanto pienses, que yo por parte mia
dispensar le prometo
cualquier indiscrecion á tu rudeza.
—Pues digo, oh, mi señor, que me parece
escesivo el trabajo que te impones,
siempre viajando, siempre de la vida
luchando con los rudos aquilones.
Ya tu cabeza cana,
como las nieves que el Hermon coronan,
claramente revelan
que las fuerzas vitales te abandonan.
Y en tus últimos dias
¿quieres trocar las quietas alegrías
de tu hogar regalado,
tesoro de los dones terrenales,
por la ansiedad del triste peregrino
que cruza los candentes arenales
al fiero impulso de su ignoto sino?
—Booz: para que tu mente
el móvil comprendiera
que á traficar me obliga eternamente,
hasta que espire mi vital carrera,
preciso era, en verdad, que abandonaras
tu condicion, tu estado, tus afectos,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

y en mi propio lugar te colocaras.
Tú no tienes... yo sí, tengo una esposa,
jóven, bella, amorosa,
que es mi bien, mi contento,
iris de mis enojos,
aliento de mi aliento
y aurora de mis ojos.
Tengo tambien dos hijos que me ha dado,
á cuyo amor mi ancianidad dedico,
y en aras de una y otros, denodado,
mi reposo con gusto sacrifico.
Ahora marcho de Persia
á buscar el incienso,
y el aceite *susino* (1);
del Líbano traeré cedros costosos,
de Siria el resinoso y blando pino,
las codiciadas perlas de Bassora,
cortezas de *necoth* (2) en abundancia,
púrpura de Sidon deslumbradora,
y ungüentos mil de celestial fragancia.
—¿Pues acaso no tienes
de perfumes henchidos los estantes,
y de maderas mil los almacenes?...
—Sí, mas no son bastantes;
y es que los quiero tanto,
que si un dia dichoso acumulara
al caudal que poseo

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de Judá las riquezas, aun dudara
que estuviesen pagados
su amor divino, ni sus mil cuidados.
—Y, sin embargo, dejas las delicias
de tan dulces caricias,
por buscar lo que falta no te hace;
y abandonas tu hogar de tal manera
al eterno vaiven de la fortuna...
¡Ah! ¡yo tal cosa en tu lugar no hiciera!
—Ya te he dicho que todo
consiste en que tú miras
las cosas de otro modo.
Mas ¿qué es eso, suspiras?
—Considero el pesar que solitaria
devorará mi angelical señora,
que triste, como oscura parietaria,
al ver ausente al sér en quien adora,
maldecirá su suerte que contraria
te lleva á los bazares de Bassora.
¿Qué importará á su vida
la púrpura encendida
de Sidon y de Tiro,
ni las esencias mil, que valen menos
que de su boca el mas leve suspiro,
cuando de amor ardiendo en viva llama
su voz en vano el céfiro fatigue,
llamando al sér que con locura ama?

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

—Vamos... no seas loco,
y calla, que impaciente ya te escucho.
Yo tu respeto invoco,
pues debiendo hablar poco hablaste mucho.—
Movió á un lado y á otro lentamente
el negro á este mandato la cabeza,
notándose en su rostro claramente
señales de flaqueza.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

II.

LA DESPEDIDA.

—Adios vida de mi vida,
adios alma de mi alma,
que ya el sol por el Oriente
su rojo disco levanta.
Yo parto á un largo viaje;
pero ¿qué vale que parta,
si jamás mi pensamiento
se alejará de esta casa?
Tú en tanto, Séfora mia,
lucero de mi esperanza,
que alumbras con luz vivísima

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

el cielo de esta morada,
no olvides al que la tierra
cruza en incesante marcha,
para regalar tus dias,
para decorar tus gracias;
pues lo que es yo te aseguro
que fiel á la fé jurada,
ni pondré en mujer los ojos,
ni en boca sus alabanzas.
Mas si por ventura un dia
la carne, que siempre es flaca,
con sugestiones aleves
tu virtud atribulara,
acude del Nazareno
á oir la excelsa palabra,
dique que enfrena las olas
de las pasiones humanas.
Y en cuanto á mis hijos... cuida,
cuida de esas prendas caras
con que el Señor ha colmado
nuestra ventura sin tasa;
y al redoblar tus caricias,
haz que no noten la falta
del que en sus ósculos tiernos
la paz de los cielos halla.
—Adios vida de mi vida,
adios alma de mi alma,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

que atento al sol que en Oriente
su rojo disco levanta,
cruzando el mundo sin tregua,
partes á tierras lejanas,
para regalar mis dias,
para decorar mis gracias.
Tan triste cual tu partida,
será alegre tu llegada,
que aguardaré devorando
de mi amor la ardiente llama.
¡Que piense en tí! ¿Quién pudiera
lograr que en tí no pensara,
si es el faro de mi vida
tu memoria idolatrada?...
Cuando al declinar las tardes,
al pié de alguna montaña,
sentado sobre una roca
descansando de tu marcha,
sientas el húmedo beso
de las fugitivas auras,
que al revolar en tu oido
modulan tiernas palabras,
no indagues quien las envia;
seré yo que, enamorada,
para tí besos y arrullos
habré prestado á sus alas.
Confia en mi fé y espera

Biblioteca de la Universidad de Extremadura
BIBLIOTECA
CÁCERES
Fac. de Filosofía y Letras

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

que, como fuí siempre, honrada,
ni ponga en hombres los ojos,
ni en boca sus alabanzas.
Y en lo que toca á tus hijos,
ángeles de esta morada,
síntesis de nuestra dicha,
y embeleso de tus canas,
no te desveles pensando
en peligros ni asechanzas,
que á la sombra de su madre
no les hará nada falta.
—Adios vida de mi vida.—
—Adios alma de mi alma.—
—Adios, que ya el sol naciente
su rojo disco levanta.—
Y depositando un beso
en la frente nacarada
de su inolvidable Séfora,
con muestras de vivas ánsias,
á Booz presentó la mano,
que éste honró bañando en lágrimas
que surcaron un instante
sus megillas atezadas.
Luego echó la calle abajo
á andar con incierta planta,
no sin volverse cien veces
hácia atrás para mirarla.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Por fin una vez perdido
el eco de sus pisadas,
Séfora á sus camarines
volvió con la vista baja.
Rechinar oyóse en esto
al cerrarse una ventana,
en la que Booz, torvo el ceño,
clavó su vista de águila;
y desnudando del cinto
una damasquina daga,
de la puerta en que yacía
la hundió en el quicio con rabia.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

III.

SÉFORA.

Destrenzado el cabello sobre la espalda,
ante una hermosa luna de limpio acero,
cruzadas ambas manos sobre la falda
que un pié recata apenas breve y ligero.

Séfora está sentada sobre cogines,
en cuyo damasquino fondo bordadas
hay mas flores que crecen en los jardines,
y mas aves que pueblan las enramadas.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Sueltos tiene los broches de su vestido,
y en su cuello y sus brazos no hay mas adornos,
que el sin par que le presta, de vida henchido,
el perfil acabado de sus contornos.

Tersa es y nacarada su erguida frente,
sus ojos *de palomas sobre arroyuelos* (3),
que ya miren airada, ya tiernamente,
á un mismo tiempo inspiran amor y celos.

Como venda de grana sus dulces lábios,
donde si una sonrisa feliz campea,
no hay en el mundo enconos, duelos ni agravios,
de los que al punto el iris de paz no sea.

Sus diminutos dientes *hato de ovejas*
que trasquiladas suben al lavadero;
de ébano sus sedosas blondas guedejas,
fragantes como flores de limonero.

Y si lascivo el viento y audaz se atreve
á destejer los pliegues de su ropaje,
se ven dos apretados copos de nieve,
detrás de celosias de rico encaje.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Su talle, en fin, parece junco del Nilo,
varita en flor de almendro, palma de Jónia,
y sus ondulaciones son las del tilo
que crece en las ruinas de Babilonia.

¿Qué bardo que la viera no quemaria,
en el altar sagrado de su hermosura,
el impalpable incienso de la poesía,
nacido en los veneros de su ternura?

¿Quién al oir su acento dulce y sonoro,
no juzgára sus ecos, ecos afines
á los de los psalterios y arpas de oro
con que al Señor ensalzan los querubines.

Si era tan acabada, si era tan bella,
que parece que al darle la vida el cielo,
sus infinitos dones derramó en ella,
para que de beldades fuera modelo?

Su mágica presencia sólo inspiraba
vida, amor, entusiasmo, gozo, alegría...
¿Y el corazon en donde su fé guardaba?...
¡Ese... no se veia!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Resonó de su voz el eco blando,
y así hubo de decir
á dos siervas que estaban esperando
sus órdenes oir:

***

Venid y dad solícitas
principio á mi tocado,
pues ya del sol en breve
se apagará la luz,
y anhelo con el alma
que quede terminado,
muy ántes que la noche
despliegue su capuz.

Mi blonda cabellera,
partida en mil ramales,
tejed á la romana
con mágico primor.
Yo quiero contemplarla
sembrada de corales,
que sobre el negro fondo
destaquen su color.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Prestadle los perfumes
que emana el cinamomo,
los del fragante lirio,
los del sin par *cofer;* (4)
el fuerte que destilan
las flores del aromo;
el plácido y suave
del delicado *nerd.* (5)

Colgad de mis orejas
zarcillos de diamantes;
mi alabastrino seno
ornad de joyas mil;
mis brazos torneados
de ajorcas deslumbrantes;
de múltiples sortijas
mis dedos de marfil.

Buscad entre mis trajes
el traje mas costoso;
calzadme las sandalias
de seda verde-mar,
que me comprara en Tharsis
mi bien amado esposo,
bordadas por su encargo
con oro de Tibár.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Dad vida á los dorados
egipcios pebeteros,
que adornan y embalsaman
mi blanco camarin:
verted sobre sus brasas
mis áureos perfumeros,
incienso de la Arabia
y trozos de ahalim. (6)

Y así que de tinieblas
se pueble el horizonte,
y apáguense los ecos
del mundanal rumor:
dejad que solitaria
de mi Señor afronte,
los íntimos recuerdos
y el acendrado amor.—

Las siervas obedientes,
su comision cumplieron,
tornando á su señora
en un sér ideal,
de quien los rojos lábios
gozosos sonrieron,
mientras de luz sus ojos
brotaban un raudal.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

IV.

RECUERDOS DE UNA NOCHE.

¡Vedla!... tendida sobre el muelle lecho,
como el que nada contra sí recela,
flojo al descuido el cinturon estrecho,
dormir parece, y sin embargo vela.

Más no es ya aquella niña pudorosa
que, tímida é inocente en demasía,
daba el postrer adios, triste y llorosa,
al noble anciano que en su amor vivia;

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Sinó el reptil que oculto entre el ropaje,
henchido el lábio de mortal veneno,
á herir se apresta con placer salvaje
á quien dolido le abrigó en su seno.

Su aliento en vez de ser el dulce y blando
que há poco se escapaba de su boca,
al salir de su cárcel suspirando,
ardiente abrasa cuanto al paso toca.

El gemido del viento en la arboleda,
la hoja que el aura arrastra por el suelo,
el roce de la seda con la seda,
del insecto mas leve el sordo vuelo,

Todos esos rumores, ténues, vagos,
inseparables de la noche umbría,
le roban á su alma los halagos
de su rica y fecunda fantasía.

Y vuelta en sí, febril, sobresaltada,
sobre uno de los brazos se incorpora;
una puerta en el muro disfrazada
abarca su pupila escrutadora.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Y escucha en el silencio atentamente;
más al desvanecerse esos ruidos,
y comprender que ha sido solamente
una vana ilusion de sus sentidos,

Vuelve á languidecer y suspirando
á replegarse en su aparente sueño,
siempre una idea fija acariciando,
estraña á su deber, con loco empeño.

Más una vez sucede que del muro
se abre la puerta, para dar entrada
á un hombre jóven que del fondo oscuro
surge como una sombra conjurada.

Ella, dejando atrás en lo ligera
las corzas de Bethel, salta del lecho,
y al encuentro le sale placentera,
palpitante de amor el albo pecho.

Y olvidando el cariño del esposo
que sus postreros dias trabajaba,
sacrificando el patriarcal reposo
por mimar la beldad con quien soñaba,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Á sus recuerdos y á su fé perjura,
le presentó su lábio perfumado,
donde él clavó, con criminal ternura,
de un ósculo el arpon envenenado.

—«¡Cuánto, Eliú, tardaste!... ya impaciente
contaba por segundos los instantes.
Por tí más de una vez, quizá imprudente,
le pregunté á los céfiros errantes.

Más ¿qué importa, es verdad, si ya te veo,
y tu presencia calma mis antojos...
si ya puedo dar rienda á mi deseo
y abrasarme en la lumbre de tus ojos?...

Mil sacrificios ofrecí en el ara (7)
de mi cariño por volver á verte.
¿Cuál indolente de cumplir dejara,
si está mi suerte unida con tu suerte?

He encordado mi lecho, he rociado
mi cámara con mirra de Etiopía,
y un banquete frugal he preparado,
que gustaré en tu grata compañía.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¡Ah! ven, *ven: embriaguémonos de amores,*
gocemos las caricias deseadas.
y de la aurora en tálamo de flores
sorpréndannos las tintas delicadas.

¿Vacilas?... ¡Oh! no temas: *mi marido*
no está en su casa, donde sola moro.
Muy largo es el viaje que ha emprendido,
y mientras, torna... ¡ven! que yo te adoro.»—

Y sentándose entrambos á una mesa
donde habia en encellas (8) colocados,
higos de Nazareth, roja frambuesa,
dátiles de Engaddi, tersos, dorados,

Panales y granadas del Carmelo,
el rico *abattijim* (9) miel destilando,
sin que faltase el néctar que dá el suelo
de Sorek en el *kéfor* (10) rebosando,

Pasaron la velada placentera,
libando al par en inefable calma,
el cáliz del amor que á la vez era
miel para el gusto, acíbar para el alma.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Avergonzada al verlos la natura,
en torno de los dos creó el vacío:
la brisa replegó su vesta pura,
y fué á ampararse del zarzal sombrío.

Y la luna hasta entónces despejada,
por no alumbrar tan repugnante escena,
tras unas nubes, turbia y demudada,
huyó á ocultarse de bochorno llena.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

V.

LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

Pasó la noche y al abrir los ojos
el númen del Parnaso,
dos golpes importunos el silencio
del camarin turbaron.

Séfora despertó sobrecogida
y—«¿será él, Dios santo?»—
murmuró para sí, sin atreverse
á aclarar el arcano.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Pero pronto unas voces infantiles
su inquietud aplacaron;
—¡Son mis hijos!... vendrán á regalarme
el ósculo diario.—

Y esto diciendo les abrió la puerta,
y recibió en sus brazos
á dos niños, hermosos como el cielo
de estrellas tachonado.

El mayor de los dos contar podría,
cuando mucho, diez años:
el más pequeño sólo articulaba
de madre el nombre caro.

Más cariñosos ambos á porfía,
y á la par espontáneos,
á su madre ofrecieron candorosos
tiernísimos halagos.

Ella á sus puras nacaradas frentes
aproximó los lábios,
que al hacer estallar un beso en ellas
inmóviles quedaron.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¿Temia que los niños conociesen,
que eran besos estraños
los que cambiaba, á su deber perjura,
por sus ósculos castos?

¿Ó era que aquellos séres inocentes,
fiscales de sus actos,
le iban á recordar con su pureza
la que ella habia olvidado?

Tal vez á un mismo tiempo ambas ideas
en su mente brotaron,
y por eso tembló la desgraciada
como la hoja en el árbol.

—«¿Pues y mi padre? ¿dónde está mi padre
que hoy aquí no le hallo?—
interrogó el mayor.—Partió, hijo mio,
á un viaje muy largo.

—De manera que habrás dormido sola,—
observó el niño cándido,
á cuya observacion Séfora el rostro
ocultó entre las manos.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

—Pero ¿qué es eso?—prosiguió diciendo—
¿lloras?... si, no lo estraño:
es tan bueno, ¿es verdad?... ¡Padre del alma!
¡Ah! ¡yo le quiero tanto!...

Y si vieras... soñándome le he visto
tan triste y acabado,
que me afligió sobremanera... ¡al pobre
le debe pasar algo!

¿Presumes tú lo que madre adorada?
Creo que yo y mi hermano,
de los enojos que su faz anublan
no debemos ser blanco.

Él es tan pequeñito, que seria
locura el acusarlo;
y yo... quizás me engañe, pero juzgo
que no he hecho nada malo.

En cuanto á tí... ¡tampoco! Si no debe
haber en todo el ámbito
del mundo, ni una esposa, ni una madre
que merezca mas lauros!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Y no obstante, soñándome le he visto
tan triste y acabado,
que me afligió sobremanera... ¡al pobre
le debe pasar algo!»

Y cada frase que vertia el niño,
era un agudo dardo
que iba á clavarse al fondo de su alma,
sin poder evitarlo.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

VI.

LA PESADILLA.

Entre Siquém y Samaría,
y al pié de un claro arroyuelo
cuyos rumores recuerdan
las caricias de Morfeo,
diez ó doce tiendas blancas
salpican un valle ameno,
en las que á porfía imperan
la paz y el recogimiento.
En una Abiél descansa,
Abiél... aquél buen viejo
que ha cruzado tantas veces

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

de Israel los doce reinos.
¿Pero qué hablo de descanso?
¿acaso puede tenerlo
el que de atroz pesadilla
sufre los embates fieros?
En lucha consigo mismo,
mil vueltas da como huyendo
de los fantasmas que pueblan
su enardecido cerebro.
Á veces en un quejido
prorumpen sus lábios secos,
otras en frases cortadas
sin hilacion ni concierto;
más por lo que éstas revelan,
se viene en conocimiento,
de que debe su tortura
ser tortura del infierno.
Su inquietud crece por grados,
hasta que por fin, haciendo
un esfuerzo sobrehumano,
rompe los lazos del sueño.
Abre espantado los ojos,
se incorpora sobre el lecho,
devora con la mirada
las sombras de su aposento,
con las que lucha vencido
de la luna un rayo incierto,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

y dando un hondo suspiro,
que más parece un lamento,
alzando al cielo los ojos,
del que sufre ansiado puerto,
así á media voz esclama,
reconocido en estremo:
—¡Gracias, mil gracias, Dios mio,
manantial de consuelo,
que templas de quien te ensalza
el dolor crudo y acerbo!...
tú, para quien solo el alma
es un libro siempre abierto,
comprenderás, bondadoso,
todo el favor que me has hecho.
¡Qué congoja tan horrible!
Sólo al recordarla tiemblo,
y en la calma que me cerca
de mí mismo tengo miedo.
Ella brindándole á otro
ese amor puro é intenso,
dulce como sus miradas,
casto como sus deseos...
ese amor que venturosa,
ante parientes y deudos
á mí me juró... ¡á mí sólo!
en el ára del Eterno....
¡No! Yo sé que ella conoce

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

los deberes que se ha impuesto,
y ¿cómo había de faltar
á los mismos conociéndolos?...
¡Perder el decoro Séfora!...
¡Oh! ¡si llegase á perderlo...
yo moriria, no hay duda,
de vergüenza y de despecho!—
Y delirante y convulso,
salta de la cama al suelo,
y en tan reducido espacio
pasea febril é inquieto.
¿Cuánto tiempo?... ¡ni áun lo sabe!
pues él sospecha que el tiempo,
para cebarse en su pena,
ha detenido su vuelo.
Y unas veces con voz débil,
y otras de rábia rugiendo,
así sigue formulando
sus negros razonamientos:
—Pero esto es triste, ¡muy triste!
quiero alejar y no puedo
de mi mente aquesta idea
que perturba mi sosiego.
Yo tengo fé en sus promesas;
más tambien, ¡pesia mi afecto!
¿no pudo la pesadilla
ser un aviso del cielo?

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¡Oh! de abrigar esta duda
solamente me estremezco.
¡Dudar de ella! ¡yo... su esposo!
¡Ah! ¡soy un vil, lo confieso!
Y no obstante, á mi memoria
acude el tenaz empeño
con que Booz me suplicaba
pusiese á mis viajes término;
y aquellas frases sentidas
con que sumiso, aunque enérgico,
me pintaba el abandono
en que sin tregua la dejo.
¿Por qué lloraba si el llanto
fué á sus ojos siempre ajeno?
¿presentia, por ventura,
para su amo algun riesgo?
¡Oh! en el volcan de mi alma
hierve el cráter de los celos.
Antes que de mis riquezas
cuidar de mi nombre debo.
Cesen aquí mis viajes
y vuelva á mi casa presto:
con esta duda en el alma,
no haría un negocio bueno.
Sólo al ver mi hogar tranquilo
puedo, pasado algun tiempo,
recobrar la fé perdida

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

y juzgar mi honor ileso.»—
Y asomando la cabeza
por entre el plegado lienzo
de la tienda, alzó los párpados
al tranquilo firmamento:
lo contempló unos instantes,
y volviéndose hácia adentro,
dijo:—¡Mis siervos descansan,
y es media noche... esperemos!—
Más así que de la aurora
despuntaron los reflejos,
y á revolverse en su fosa
el mundo empezó de nuevo,
—¡Geth!—gritó desde la puerta,
presentándose un hebreo,
quien, recibidas sus órdenes,
partió á cumplirlas ligero.
Recorrió tienda por tienda,
despertó á sus compañeros,
y á aparejar se apresturon
dromedarios y camellos.
Y fueron tan obedientes,
y tales trazas se dieron,
que al nacer el sol ya estaba
levantado el campamento.
Y sin comprender ninguno
la causa del retroceso,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

por el camino ya andado
de Jerusalen volvieron.

***

Llegó al fin de su retorno,
al tender su opaco velo
la oscura noche, y dejando
fuera de Sion sus siervos,
llena de inquietud el alma
cruzó sus calles resuelto.
En la puerta de su casa
halló á Booz, fruncido el ceño,
con porte triste y sombrío,
quien quedó asombrado al verlo.
—¿Y mi esposa?—preguntóle,—
¿está en casa?
—Así lo creo.
—Ábreme paso.
—¡Ah, señor!
detente... ¡yo te lo ruego!
—Booz, ¿me impides?...
—No te impido...
—¿Qué temes entónces?
—Temo...

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

yo te adverti... quizá entónces...
—¡Ah Dios santo!... ¡te comprendo!
¿Dónde está?
—En sus camarines
—¡Maldicion!
—¡Caiga sobre ellos!
—¿Y cómo tú?...
—¡Si hasta hoy
su maldad no he descubierto,
por más que la sospechaba!
¿qué iba á hacer?
—¡Ah! yo enloquezco.
Sigueme y de tal delito
algunas pruebas tomemos,
para hacer en uno y otro
un ejemplar escarmiento.—
Cruzaron dos pasadizos,
y ante una puerta de cedro,
apagando sus pisadas,
entrambos se detuvieron.
¿Qué oyó Abiel?... Consignarlo
fuera repetir requiebros
y perjurios que debieran
yacer siempre en el misterio.
Baste saber que en su espíritu
tal impresion produjeron,
y fué tal su desencanto,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

y fué tal su desaliento,
que como herido de un rayo,
á no sostenerle el negro,
hubiera venido á tierra
falto de fuerzas su cuerpo.

Universidad de Extremadura
BIBLIOTECA
CÁCERES

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

VII.

EL JUICIO DE DIOS.

Todo Judá, entre tanto presuroso,
corre del Templo á la sagrada fiesta;
junto al magnate altivo y suntuoso,
el pordiosero de andrajosa vesta.
Entre ellos recogido y silencioso,
un hombre avanza en actitud modesta,
que á pesar del tropel siempre creciente
cautiva la atencion de mucha gente.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¿Que si es rico de bienes terrenales?
Nunca debióle nada á la fortuna.
Burdos fueron y toscos sus pañales,
y un humilde pesebre fué su cuna.
Inerme á los furores imperiales,
jamás opuso resistencia alguna.
Su mision es de paz sobre la tierra,
y abomina los lauros de la guerra.

¿Que cuál es su atractivo?... Oid su acento
dulce, ideal, conmovedor, sublime,
que ilumina y levanta el pensamiento,
y el alma ciega del error redime;
que mitiga el dolor con su concento
del que cautivo entre cadenas gime;
que hace soñar, en fin, con una gloria,
que no se borrará de la memoria.

En ÉL encontrareis nueva y profunda
una filosofía sorprendente,
que de consuelo y bienestar inunda
el alma inquieta del novel creyente.
Toda ella en dos máximas se funda:
en amar al Criador eternamente
y al prójimo infeliz á quien la mano
le debemos tender como á un hermano.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

¿Que cuáles son los bienes que ha sembrado
en el estéril páramo del mundo?
Preguntádselo al niño abandonado
de la fortuna al látigo iracundo;
á la viuda que al esposo amado
llora abrumada de pesar profundo,
y os dirán que tan sólo en este suelo
en ÉL hallaron paternal consuelo.

Ved por doquiera al ciego y al leproso,
sanos por su poder omnipotente;
á aquel que paralítico y tembloso
hoy curado se vé completamente;
á la hija de Jairo el poderoso,
al hermano de Marta la clemente,
á todo aquel que á su poder divino
llorando llega su fatal destino.

¿Y qué os han de decir, sino que el hombre,
al que tales milagros obrar vieron,
es el que viene del SEÑOR en nombre
á redimir al mundo en que nacieron?
¿Habrá ya algun tributo que os asombre
ofrecido á quien tanto le debieron?
¿Os puede ya admirar que entre el tumulto
no permanezca mucho tiempo oculto?

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Llega del Templo el átrio levantado,
en él su marcha impávido detiene,
y empieza, ante un concurso inusitado,
á esponer los principios que contiene
la religion que, lávaro sagrado
de sus flaquezas, á enseñarle viene,
principios que vá el vulgo recogiendo
á medida que ÉL los vá vertiendo.

Ellos serán los que en cercano dia
de la conciencia humana se apoderen;
los que del setentrion al mediodía,
enseña augusta del cristiano imperen.
¿Qué importa, pues, que la segur impía
hiera á quien los vertió si ellos no mueren?
La verdad ¿no es eterna por ventura
como eterno es el SÉR en quien fulgura?

***

Inmenso vocerío
de pronto se levanta,
y revuelto gentío
hácia el templo adelanta.
¿Qué causa lo motiva,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

que, informe, en un momento
de oir el dulce acento
del Salvador á sus adeptos priva?
Héla allí... ¡desdichada criatura!
hecha girones mil la vestidura,
de su pudor escudo,
pasto su cuerpo dá, casi desnudo,
á la mirada impura
del populacho rudo.
Cien y cien improperios
contra ella fulmina,
y con toscos y bárbaros dicterios
de un enorme delito la acrimina.
La faz cardenalada,
sus sufrimientos físicos pregona:
la vista estraviada,
el desconsuelo á que la suerte airada
en sus mejores dias la abandona.
¡Es Séfora!... ¡infeliz! En tanto anhelo
implora compasion: ¡vana porfía!
pues su clamor, sin conmover al cielo,
las iras de la plebe enardecia.
Por fin llegan al sitio
en que el Hijo del Hombre predicaba
su ciencia edificante,
y le ponen delante
á Séfora que apenas respiraba.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

—Maestro: esta mujer ha sido ahora
en nefando adulterio sorprendida, (11)
con intencion aviesa y malhechora
un fariseo prorumpió enseguida.—
En la ley salvadora
nos mandó el gran Moisés apedrearla.
¿Tú que dices? ¿debemos
cumplir mandato tal ó abandonarla?
Más Jesús inclinando
la honorable cabeza,
en la arena escribia
frases de un idioma
que nadie comprendia;
y como á contestar fuese obligado,
enderezóse y dijo con dulzura:
—El que esté de vosotros sin pecado,
sobre ella lance la primera piedra,
y prosiguió impasible su escritura
en la leve arenilla de la exedra.
Ellos, cuando esto oyeron,
retirándose fueron,
no quedando en escena
más que Jesús y Séfora llorosa,
que esperaba contrita su condena.
Alzó el Mesías sus radiantes ojos,
y viéndola de hinojos
arrastrarse á sus piés perdon clamando,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

—*Mujer*, le dijo, con acento blando,—
¿en dónde están los que ántes te acusaban?
¿Nadie te condenó?
—Señor, ninguno.
—*Pues vete, yo tampoco:*
¿para qué más sentencia
que la que está gravada en tu conciencia,
cuyo clamor en tu espiacion invoco?
Vete, infeliz; y nunca tu memoria
olvide en el mundano parasismo,
que quien huye la senda de la gloria,
vá á dar en los profundos del abismo.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

VIII.

DIES IRÆ.—ÚLTIMAS ESCENAS.

Como si víctima fuese
de una dolencia agudísima.
Abiél en su aposento
como un demente se agita.
Desencajado el semblante,
hechas áscuas las pupilas,
cárdenos los secos lábios
y pálidas las mejillas,
más bien que á un sér de este mundo,
el infeliz se asimila

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

á un cadáver, al que sólo
la electricidad anima.
Evocando sus recuerdos,
ya contristado suspira,
ya ruge profundamente
y airado los puños crispa.
Ya nervioso se pasea,
ya en un divan se reclina,
sin hallar de ningun modo
lenitivo á sus desdichas.
Á veces pasa la mano
por su frente comprimida,
como si borrar quisiera
de ella el borron que la eclipsa,
y al encontrarse impotente,
se desespera y se irrita,
y se mesa los cabellos,
y dá pábulo á su enquinia.
Cuando recuerda sentido
sus nupciales alegrías,
en que el vino de *rimmon* (12)
con Séfora compartia,
y compara lo cambiada
que hoy encuentra á aquella niña,
admiracion de los hombres,
de las mujeres envidia,
maldice la negra estrella

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

que por el mundo le guia.
que lo condujo al escollo
del baldon en que se abisma.
Sus dos hijos le sorprenden
en situacion tan tristísima,
y al ver su torvo semblante
sorprendidos se intimidan.
Él comprende sus recelos
y á acercarse los invita,
dulcificar procurando
su exacerbacion justísima.
Más confiados los niños
poco á poco se aproximan,
y así el mayor le pregunta,
sentados ya en sus rodillas:
—Padre mio, ¿qué te pasa?
¿te sientes mal?
—No, mi vida.
—¡Te encuentro tan variado!...
—¡Ilusion!
—La cara misma
que te vi cuando dormido
soñé que te sucedia
alguna desgracia.
—¿Cierto?
¿Tú te has soñado?...
—Há dos dias.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Yo se lo conté á mi madre;
le pregunté si sabia
qué disgusto te abrumaba
—¿Y ella?...
—Lo ignoraba.
—(¡Inícua!)
—Más estraño que no llegue
á consolarte solícita.
¡Siempre te ha querido tanto!...
¿En dónde está?
—¡Hijo, olvídala!
—¿Que la olvide?
—Sí: á estas horas
debe haber muerto.
—¡Mentira!
¡si está allí!—y hácia la puerta
sus dos brazos estendia.

***

En efecto: bajo el pórtico
como una estátua de Fidias,
Séfora detiene el paso
ante escena tan tiernísima.
Antes de turbarla, tiembla,
su pié cansado vacila,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

y siente presa su espíritu
de una ansiedad infinita.
Por último se decide,
y la cabeza abatida,
desgreñados los cabellos
y cubiertos de ceniza, (13)
ante su esposo y sus hijos
la nublada frente inclina,
en que de nuevo el tesoro
de sus recuerdos palpita.
¿Quién sino el filial cariño,
que lo que no vé adivina,
pudo descubrir en ella
al sol de la judería?
Postrada solloza y calla,
pero su esposo le grita,
irguiéndose descompuesto:
—¡Ah! ¡no has muerto, fementida,
y vuelves!... pues qué, ¿no tiene
ya ley el pueblo israelita?
—Aquél que es la *luz del mundo*
me perdonó la falsía.
—¿Que te ha perdonado dices?
—Ya lo vés.
—¡Estallo en ira!
¿Y es ese el que así pregona
los fueros de la justicia,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

para hollarlos á mansalva
perdonando tal perfidia?
—Su misericordia...
—¡Basta!
¡Triunfen fariseos y escribas!
Lo juzgué la *verdad única*
y es sólamente un sofista.
—¡Por favor!
Sal de esta casa.
—Que un rayo de luz divina
mi alma inunda, y con su gracia
del error la purifica.
—¡No!
—¡Piedad!
—Parte, repito,
parte, sí, mujer indigna,
adonde yo nunca pueda
recelar de tus insidias.
—¡Mis hijos!...
—Tente: sus ropas
no toques: las mancharian
tus manos.
—¡Que soy su madre!
—¿Su madre?... Ayer lo serías:
hoy por tal te desconocen.
¡El ser madre es mucha dicha!
—Pero ellos, ¡ángeles mios!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

no me odiarán.
—¡Oh! no insistas.
¿Que no te odian?... ¡Ya ves!
Te desprecian, te abominan!
Y de Abiél contra el seno,
espantados á la vista
del aspecto de su madre,
los niños se guarecian;
al ver lo cual sintió Séfora
romperse la última fibra
de su corazon. ¿Quién sufre
impresiones tan fuertísimas?
Pero, ¡qué hacer!... Si de aquella
mansion se la repelia,
era preciso ir buscando
la oscura y postrera cripta.
Por eso apoyada al muro
con pié tardo se retira.
¿Adónde?... Adonde su pena
quiera, infeliz, conducirla.

***

Á poco un gentio inmenso
siente Abiél que se aproxima,
y sospechando que acaso

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

con él viniese el Mesías,
á echarle en cara iracundo
su manifiesta injusticia,
sale obcecado y nervioso,
con faz torva y contraida.
¡No se engaña!... es Jesucristo
que adivinando su cuita,
al confrontar con su puerta
en él la mirada fija.
¡Y qué mirada, lectores!
no conmueve más la chispa
con que la hórrida tormenta
la enhiesta torre aniquila.
Sobrecógese el hebreo,
baja turbado la vista,
desarmado por aquella
que así su sér electriza,
y al humillarla hasta el suelo
halla á séfora tendida,
desencajada é inmóvil,
sobre la baldosa fria.
Se inclina á ella, la toca,
se convence de que rígida,
ni habrá ya luz en sus hojos,
ni habrá en sus lábios sonrisas,
ni calor en su albo seno,
ni tersura en sus mejillas,

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

ni en su tornátil garganta
los arpegios de la cítara,
y desolado á la calle
saliendo, se precipita
á los piés del Nazareno
clamando con voz sumisa:
—Perdona, Señor, perdona
si dudé de tu justicia.
¡Vuelve, vuélveme á tu gracia,
que tal vez lloro perdida!

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

NOTAS.

1.—*Aceite susino.*—Era el que se estraía de la flor de la azucena, y dábanle gran aprecio, no solamente los orientales, sino las damas romanas, que lo pagaban á peso de oro. Llamóse *susino*, por provenir el más delicado de Susa, ciudad de Persia.

2.—*Necoth:* estoraque.—Este árbol oriental abunda en Siria, y sus cortezas perfumadas se buscaban con interés para quemarlas en los braseros.

3.—Similes que, como todos los demás que van escritos en letra bastardilla en este capítulo, están tomados del *Cantar de los cantares*.

4.—*Cofer.*—Unos creen que es el árbol del alcanfor, otros que la *alcanna* oriental. El agua que se extrae de sus flores, es perfumadísima, y con el zumo amarillo de sus ojas, se tiñen los árabes las uñas.

5.—*Nerd*: nardo.—De esta flor, tan conocida y apreciada entre nosotros, componen los orientales un ungüento, que es tal vez el más suave y delicado de los conocidos. En los Evangelios de S. Juan (*cap.* XII, *vers.* 3) y de S. Márcos (*cap.* XIV, *vers.* 3) se lee, que en la cena que Lázaro y sus hermanas prepararon á Jesús, seis dias ántes de la Páscua, en su casa de Bethania, mientras Martha le servia, María «tomó una libra de un»güento de nardo, de gran precio, y ungió los piés de »Jesús, enjugándoselos luego con sus cabellos, por lo que »se llamó luego aquella casa, *casa del olor del ungüento.*»

Universidad de Extremadura
Biblioteca
Cáceres
Facultad de Filosofía y Letras

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

6.—*Ahalim:* aloe.—Lo producian el monte Galaad y los del reino de Sabá. Algunos opinan que del amargor de su corteza proviene el acíbar. Entre los hebreos, al terminar los banquetes, se quemaban trozos de su madera olorosa en los pebeteros colocados al efecto sobre la mesa.

7.—Todas las frases de este capítulo, impresas en letra bastardilla, están tomadas del *Libro de los Proverbios, capítulo* VII.

8.—*Encellas:* cestitos pequeños de junco ó palma.

9.—*Abattijim:* melon. La palabra hebrea significa *manjar de confianza*, y los más selectos eran los que se criaban en las campiñas de Joppe (Jafa) y en las faldas del monte Ararat.—Segun los árabes, los melones son de procedencia celestial.

10.—*Kéfor:* copa.

11.—Las frases subrayadas en este capítulo, están tomadas del *Evangelio de S. Juan, cap.* VIII.

12.—*Rimmon:* granado.—En los ritos nupciales de los judíos, los novios debian beber á la vez vinos aromáticos, y, sobre todo, el que confeccionaban con el zumo de la granada.

13.—Los hebreos, como casi todos los pueblos semíticos, se cubrian la cabeza de ceniza para demostrar dolor y arrepentimiento.

14.—*San Juan, cap.* VIII, *vers.* 12.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

X940136642

U
E
X
E 9402406279

Biblioteca de la Universidad de Extremadura